

Manuel Eduardo de Gorostiza, hispano-mexicano, romántico y liberal

A lo largo de toda la mañana de aquel frío y desapacible 7 de marzo de 1820, se habían ido congregando personalidades y figuras relevantes, grandes y títulos de Castilla, oficiales, generales y subalternos, opulentos propietarios, banqueros y todo el comercio en general, abogados, médicos y hombres de ilustración y ciencia, junto al vecindario, unidas todas las clases, superiores y medias, confundidos en grupos armoniosos, abrazándose y dándose mil parabienes, en un inmenso y profundo sentimiento de patriótica satisfacción.

Muy temprano, la *Gaceta extraordinaria* había publicado una Real Orden que decía: «Para evitar dilaciones... y siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes Generales y extraordinarias en el año 1812.» La noticia de esta decisión del Rey había corrido como un rayo por la ciudad. Y como en tantas ocasiones, el pueblo de Madrid, abanderado del constitucionalismo recién estrenado y todavía inédito, se dio cita en la Plaza de la Villa, al amparo de la Casa Consistorial, alentado de una sola y unánime voluntad: empezar la aplicación de la Constitución eligiendo un consistorio representativo, que fuera reflejo y expresión de la esperanza y de las ilusiones de la mayoría del pueblo.

Para hacerlo de esta manera y en una más de las contradicciones de la historia, se eligió un método que no reconocía la Constitución y que quizá tampoco fuese muy democrático: la elección directa e inmediata por parte de la multitud allí congregada. De este modo, el 7 de marzo de 1820 ha quedado en los anales de la historia como el momento inicial del municipalismo democrático y constitucionalista. Es un hecho importante, protagonizado, precisamente, por el personaje objeto de esta página: Manuel Eduardo de Gorostiza.

Lo contó admirablemente, en sus *Recuerdos de un setentón*, aquel gran cronista de Madrid que fue Mesonero Romanos, de este modo: «Mas en medio de la algazara y efusión de tan singular espectáculo, trasunto del antiguo foro romano o ateniense, no debo ocultar que a veces tomaba algún tinte poco serio. Por ejemplo: aparecía en el balcón el poeta Gorostiza con un papel en la mano y, reclamando el silencio, decía: “—Ciudadanos, ¿quieren ustedes para alcalde primero constitucional al Marqués de las Hormazas?—” ¡Sí, sí, viva! decía con entusiasmo el pueblo. Pero en esto, una voz salida de los grupos dice: “No, que es tío de Elío”. Y el pueblo, en el instante, recordado de su primer movimiento, dice: “Abajo, fuera las Hormazas. ¡Otro, otro!” Continúa Gorostiza: ¿Quieren ustedes entonces por alcalde primero a don Pedro Sainz de Baranda? “¡Muy bien, viva, viva el alcalde de 1808, el defensor de Madrid!” ¿Quieren

ustedes por alcalde segundo a don...? “—¡Bravo, bien, bien!—” grita la multitud y Gorostiza, abriendo los brazos, exclama: “Pero señores, ¡si no lo he dicho todavía! (risa general y palmoteo). —¡Vaya, pues iba diciendo ¿quieren ustedes por alcalde segundo a don Rodrigo de Aranda?” “—¡Bien, bien! ¡Viva Aranda, viva Baranda!—” Y así continuó esta singular elección, siendo de observar que de este modo sencillo y primitivo se improvisó uno de los mejores Ayuntamientos que ha tenido Madrid.»

Manuel Eduardo de Gorostiza es modelo de un tipo de hombre que se hizo muy común por aquellos tiempos. Mezcla de peninsular y americano, mestizo de dos culturas y de dos pasados, síntesis y arquetipo de fidelidades y entregas compartidas, que cada uno supo vivir y protagonizar a su manera, conflictiva y admirable. Por poner algún ejemplo, permítaseme recordar a Francisco Javier Mina, nacido en 1789, el mismo año que Gorostiza y con un destino tan trágico como admirable. Mina fue navarro, patriota y liberal. Enfrentado decididamente a Napoleón y a Fernando VII, sufrió cárcel y destierro hasta que se embarcó en una romántica aventura, la de destronar al tirano allí donde fuera posible. En pos de su destino llegó a las playas de Tampico, México, y mientras Gorostiza estrenaba sus primeras obras, Mina sufrió descomunal derrota y murió fusilado por un pelotón del ejército realista español, a los veintiocho años de edad.

La biografía de Gorostiza, muy parecida a la de Mina en sus años mozos, tomó derroteros distintos. Hijo de don Pedro de Gorostiza, gobernador español de Veracruz, y de María del Rosario Cepeda, natural de Cádiz y emparentada con Santa Teresa de Jesús, vivió su primera niñez en México, a donde había llegado en el vientre de su madre en 1789, y regresó a la península a la muerte de su padre, acaecida en 1794, para instalarse en Madrid, siguiendo a su madre y sus dos hermanos.

Fue el hijo tercero de un distinguido militar, marino notable, amigo y familiar del segundo conde de Revillagigedo, a quien acompañó en el mismo barco cuando, nombrado Virrey de México, desembarcó en Veracruz. Amigo y colaborador del Virrey, de don Pedro de Gorostiza y su acción de gobierno quedan datos y existen reseñas documentales interesantes. Fue un militar ilustrado y puso en ejecución obras y proyectos de cierto interés. Su mujer, María del Rosario Cepeda, es también notable por muchos sentidos. De familia gaditana, hija de un corregidor de su ciudad natal, había recibido educación tan esmerada que, a la edad de doce años, en un concurso escolar, alcanzó fama y reconocimiento y fue nombrada regidora honoraria a perpetuidad de la ciudad de Cádiz.

Son datos tomados a vuelapluma, que van conformando el cuadro de referencias familiares de un hombre en el que no será difícil encontrar rastros de la influencia de sus progenitores en sucesión constante. Quizás el primero de todos, un cambio inicial muy significativo. Ser hijo tercero de una familia importante en aquella época determinaba de entrada la dedicación personal del sujeto. A Gorostiza, entregado el mayorazgo familiar a su hermano Francisco, dedicado a la actividad militar Pedro Angel, que llegaría a ser matemático y literato notable, le correspondía, por naturaleza, dedicarse a la carrera eclesiástica. Su madre lo entendió así y desde muy temprano, instalados ya en Madrid, los dos mayores pasaron a convertirse en pajes de la corte de Carlos IV, mientras Manuel Eduardo vestía el traje eclesiástico y era internado en un convento. Este hecho, su inexorabilidad y el choque que tal experiencia produjera en el niño motivó su

primera rebelión personal, influida a distancia por la herencia del padre. Gorostiza al fin, pudo más en él la vocación militar que el disgusto que podía propinar a su madre. Dispuesto y sin miedo, se puso de acuerdo con sus hermanos, colgó los hábitos, se vistió de soldado y se presentó, orgulloso y decidido, a recoger la aprobación y bendición de doña María del Rosario.

Es de imaginar el desconsuelo de su madre. Y quién sabe cuál hubiera sido el destino final de esta primera rebelión infantil, de no coincidir con otro hecho decisivo. Vivía España momentos difíciles, de levantamiento y ruptura, en los años finales del régimen de Godoy, época de protestas, algaradas y disturbios, de enfrentamientos juveniles y estudiantiles, en el marco de una situación internacional nada estable. Gorostiza, empeñado en ser militar y su madre ilustrada, culta, sensible, tuvieron que llegar a un acuerdo final. Ingresó en una academia militar y pudo iniciarse brillantemente en los estudios que le apetecían. Pronto llegó a alcanzar el grado de capitán de granaderos.

Corría el año 1808. Habían penetrado los franceses en España, se produjo el 2 de mayo y se generalizaron el enfrentamiento, la intervención y la guerra. De acuerdo con algunos documentos no fácilmente asequibles, parece que Gorostiza intervino en la batalla de Bailén, que sufrió posteriormente una herida gravísima, un bayonetazo que le atravesó el pecho y del que se salvó milagrosamente, que tuvo que ser retirado del frente e internado largo tiempo en un hospital y que terminó la guerra con el grado de coronel.

Hagamos una pausa para volver a asistir a una nueva decisión en la vida de nuestro personaje. Ha terminado la guerra, está a punto de regresar Fernando VII *el Deseado* y Gorostiza, probablemente en Cádiz, donde habrá conocido a otros jóvenes, iluminados y llenos de fervor patriótico y liberal, tiene que reorientar sus actividades y organizar su futuro.

Lo más seguro es que durante el retiro en el hospital y posteriormente en su casa hubiera convivido intensamente con su madre, y la influencia materna le marcaría sin duda. Manuel Eduardo, aficionado a las bellas letras, habrá dedicado su ocio al estudio, a la lectura y por qué no, también a la práctica poética. Se habrá ido aficionando a escribir, se sentirá cada vez más seguro y empezará a producir epigramas y romances y en algún rato libre llegará a soñar con hacer algo de mayor altura. Es un seguidor decidido y entusiasta de Moratín, conoce el teatro francés directamente, hay que añadir que habla y escribe francés e inglés y cada vez se sentiría más a gusto en este nuevo ambiente, en el que estaba recibiendo sin cesar los estímulos maternos más sensibles.

La decisión parecía clara y la tomó sin titubeos. Se dedicará a las letras y a la política. A las letras, porque nota que puede manejar con facilidad y sin problemas los instrumentos adecuados, tiene fantasía, llega a rimar sin esfuerzos, le gusta rezumar las mieles del placer literario. A la política, por el impulso notable del ambiente, los amigos y la realidad en que vive. Una época de cambios profundos hace que emerja una generación nueva, y en el Cádiz de 1812 y los años siguientes se estaba cocinando y perfilando el grupo de hombres que varios lustros decidiría los destinos de España.

Tiene Gorostiza veintitrés años. Ha terminado la guerra. El liberalismo gaditano y la Constitución de 1812 encienden e iluminan los corazones y las mentes de los más